

752



Autorretrato de Orozco.

JOSE CLEMENTE OROZCO

Por Alejandro SALAZAR

Se ha escrito mucho acerca de José Clemente Orozco, el genial pintor mexicano; no se ha terminado aún su estudio ni su definición que se escapa constantemente al análisis, como la llama de fuego que la sustenta.

De acuerdo con los elementos y su influencia: Diego es la tierra; Gerardo Murillo, el aire; pero Orozco es, definitivamente, el fuego; de aquí su parentesco con Prometeo.

Para Xavier Villaurrutia, Orozco, por genio, aterra, empavorece. Cardoza y Aragón lo sitúa en el árbol genealógico de la cultura indígena —precortesiana—, por más que a Orozco le molestara esta filiación; Alma Reed —su ángel protector— publicó un emotivo ensayo, todo lleno de sabia ternura; Antonio Rodríguez prepara un libro, ágil y certero; Justino Fernández lanzó un completo y lujoso y cabal enjuiciamiento; pero ahora, frente a mí, tengo el volumen **José Clemente Orozco, el pintor ironista**, de José Guadalupe Zuno.

Zuno, pintor, caricaturista con talento, inquieto político, escritor, tiene méritos suficientes, como artista, y cultura bastante, como crítico y, además, contacto directo con Orozco y amistad cordial con él, para estar capacitado plenamente y darnos este panorama integral de una biografía que en sí es huidiza, hurafía, esencialmente rebelde.

Este libro se ocupa de José Clemente Orozco desde varios ángulos, cada uno muy importante. La perspectiva desde donde observa la existencia de José Clemente Orozco le ha facilitado dibujarnos con trazos firmes las circunstancias donde se inició, donde se desarrolló y floreció el genio angustiado de Orozco.

Su vocación telúrica, su lealtad a los colores populares y la graciosa manera como los artistas del pueblo resuelven las figuras humanas, con

su dejo de picardía, su sello irónico y a las veces mordaz, la observación directa de las costumbres de los "de abajo", la hermandad no interrumpe con los ritmos indígenas, ritmos y danzas, todo esto, necesariamente tuvo que influir en el espíritu creador de Orozco.

Más aún: su acercamiento a José Guadalupe Posada, y su insobornable afición a la caricatura, son elementos fundamentales para un juicio de valor.

La miopía de Orozco —por otro lado—, la falta de un brazo, tal vez concurrieron para crearle una atmósfera de soledad erizada de rebeldías que, a su turno, se expresaron mediante continuas y repetidas ironías no sólo en el trazo de sus líneas y de sus concepciones, sino en la conversación habitual.

La tesis de José Guadalupe Zuno, en este libro, es que Orozco fue, esencialmente, un pintor ironista.

La ironía fue el denominador común de su genio creador. Lo trágico en él, también lo dramático, se complementa constantemente con la presencia de un señalado humor que subraya la nota ridícula, grotesca, de tal modo que si tuviéramos —por afán literario— que buscarle un parangón, éste estaría paralelo al genio de Shakespeare, que siendo universal y dramático no abandonó el recurso, invívito, de aportar lo risible como parte de un equilibrio filosófico.

Fue José Clemente Orozco un pintor con jerarquía poética; esto es indiscutible.

Felipe Cossío del Pomar —tan conocedor amoroso de lo nuestro— dice en **La rebelión de los pintores**: "Riviera es demasiado intelectual para ser poeta, Orozco, demasiado poeta, como pintor, para percibir el aspecto formal de la historia".

En su autobiografía, Orozco, nos revela el secreto de su capacidad creadora cimentada en el respeto a la espontaneidad, a la aventura, a lo imprevisto, al azar que es lo que abre las puertas a la creación genial.

Conocedor, como pocos, de los mecanismos del oficio de pintor, gran extraordinario dibujante, Orozco pintó siempre por encima de las reglas, más allá de las normas establecidas. (De aquí, por ejemplo, el uso de los blancos sobre blancos y otras peculiaridades de este estilo que hicieron creer a algunos supuestas limitaciones técnicas cuando, en verdad, de verdad, Orozco se burlaba de estos principios por exceso de personalidad y, sobre todo, por amor a la libertad).

Ahora que, después de leer con delectación esta obra de José Guadalupe Zuno, me aferro más a la teoría de que José Clemente Orozco fue, desde el punto de vista de una ubicación social, un auténtico libertario, un hombre con ideas y sensibilidad anarquistas.

Rehuyó toda autoridad —incluso las consignas de partido que se pusieron de moda y de las que no escaparon ni Diego ni Alfaro Siqueiros—; abominó del capitalismo y del imperialismo a los que flageló con el impacto demoledor de sus caricaturas, llevadas a los murales: golpeó el concepto de la autoridad judicial, de la fuerza oficial y, en cambio, entonó el poema más sonoro, más amplio, más universal, a la rebeldía del hombre sin cadenas, sin amos, al hombre libre, simbolizado para siempre con la figura de Prometeo. Pero su obra fue libre. Fue poética. Poesía y libertad van de la mano. Pintó lo que quiso pintar. Llevó a los muros lo que libremente llevaba dentro. Sus huídas, sus viajes, sus tanteos, en lo personal o en la creación, son consecuencia lógica de su temperamento rebelde. Fue rebelde sin acatamiento a órdenes. No le mandaban ser rebelde. Lo era por naturaleza. Un hombre prometeico. El máximo genio de nuestra pintura revolucionaria.